

DIALOGO DECIMO SEPTIMO.

Cirros, cánceres, y afectos orgánicos en general.

EL SABIO.

ESTOY esperando á Vm. con la confianza de verle justificar mas y mas el buen concepto que he formado de su doctrina.

EL MÉDICO JÓVEN.

En vista de las esplanaciones que le tengo hechas á Vm. sobre las enfermedades de irritacion, seria totalmente superflua una difusa disertacion sobre el cáncer; me ceñiré á decirle que este último es siempre el producto de una flemasía ó subinflamacion crónica ocasionada por las ordinarias causas de estas enfermedades: tales son las violencias exteriores, golpes, caídas, la accion de los cuerpos irritantes, sean de la naturaleza que se quiera, la exageracion de la funcion de un órgano; como la superabundancia de leche para los pechos,

la de las reglas, los excesivos gozos y trabajoso parto para el útero, la inflamacion accidental para los órganos genitales del sexo masculino, el abuso de los medicamentos irritantes en los herpes, escrófulas, sífilis, y en todas las flemasías de lo exterior del cuerpo. La irritacion que persiste por mucho tiempo en los tejidos, llama á ellos la linfa que los endurece; una inflamacion secundaria que toma progreso allí, produce al cabo una ulceracion que los destruye; y la repeticion de la accion inflamatoria, en los principales órganos, vias gástricas, pulmones, cerebro, corazon, acarrea por último la muerte del doliente.

De cuya teoría, enteramente fundada sobre los hechos mejor observados, resulta que, si los médicos saben atajar con las sangrías locales, dieta y revulsivos, las inflamaciones de los pechos, del útero, de la cara, de los órganos sexuales, etc., ántes que ellas hayan producido infartos linfáticos muy endurecidos, estará precavido el cáncer; resulta de la misma ademas que se-

mejantes infartos son capaces á veces de ceder á los mismos medios, ó que á lo ménos haciendo uso de ellos, se evita la propagacion de la flemasia á las vísceras; lo que proporciona á los enfermos el beneficio de llevar sin lesion ninguna sus tumores hasta la vejez; resulta últimamente, y es un hecho muy digno de la atencion general, que los cánceres exteriores, aunque ulcerados ya, pueden ceder á los medios locales, ó atajarse acertadamente por el cirujano, con tal que la irritacion no haya penetrado hasta las vísceras.

Pero ¿qué teníamos en lugar de estos satisfactorios datos? una vaguedad insupportable, una dolorosa fatalidad. El cáncer provenia no sé de qué; atribuianle á una causa oculta que obraba sobre la economía no sé como; porque no se atrevian ya, á imitacion de los antiguos, formar de él un virus ó humor corrupto. Si en lo exterior del cuerpo existia un tumor indolente glanduloso ú otro, luchaban contra él con estimulantes, que no dejaban casi nunca de exasperarle. ¿Se trataba de determinar si

esta induracion se convertiria en una úlcera cancerosa? se aguardaba el éxito para responderle á Vm. Si el tumor se desvanecia, le decian á Vm. que él no tenia el destino de producir un cáncer. Si llegaba á ulcerarse su superficie, le respondian que ningun socorro humano hubiera sido capaz de resolver semejante tumor. Si hacia Vm. la misma pregunta sobre la ulceracion, le satisfacian del mismo modo, ninguna señal sacada del aspecto de la superficie ulcerada suministraba calidades positivas sobre su naturaleza, Si Vm. sanaba, le aseguraban atrevidamente que ella no estaba cancerosa. Si el enfermo se rendia á ella, le juraban los médicos que, por mas que hubiera podido hacerse, no se hubiera evitado nunca esta infausta terminacion. Cuando se repetia la irritacion en las vísceras, se veia en ello un ente llamado *diasis* ó *caquexia cancerosa*; y bien léjos de remediarla por medio de los antiflogísticos, agravaban este estado, y le hacian incurable con especificos é irritantes de toda especie. Este era el deplorable estado en

que se hallaba la ciencia ántes de la época de la doctrina fisiológica. El cáncer era realmente el espanto del género humano, el oprobrio de la medicina, y ninguna cosa infundia esperanzas de que se pudiera salir jamas de semejante laberinto, cuando la teoría de la irritacion vino á introducir la luz en él, y enlazar esta enfermedad con los principios que dirigen todas las otras.

No le hablo á Vm. de los cánceres reputados como primitivos de los órganos interiores; son el fruto de sus irritaciones prolongadas, y los he mencionado al tratar de estas enfermedades.

Resulta evidentemente de lo que Vm. acaba de oír que las perlesías, apoplegias, tísicas, neurismas y alteraciones del corazón; cirros y alteraciones de las vias digestivas, cánceres de lo exterior del cuerpo, no son enfermedades particulares á las que uno esté condenado desde el nacimiento, ó entes maléficos, genios del mal que caen sobre los mortales, sin motivos ni causas apreciables, para sacrificarlos; son unos resultados de irritaciones inflamatorias ó

subinflamatorias, siempre curables en los principios, y que, por consiguiente, no se verificarían jamas, si los enfermos reclamaran harto pronto los auxilios del arte, y si los médicos supieran administrarlos conforme á los principios de la doctrina fisiológica.

EL SABIO.

He cogido bien el plan de su doctrina de Vm.; la hallo satisfactoria para cuantas enfermedades me hace presentes; pero hay otras muchas que Vm. no ha mentado de modo ninguno. Concibo que las enfermedades de los órganos de una importancia secundaria, como la garganta, boca, ojos, oídos, traquiarteria, riñones, vejiga, órganos sexuales, deben enlazarse con aquellas de que Vm. me ha hablado, y temeria yo abusar de la paciencia de Vm. rogándole que me hiciera su historia: pero le confesaré que me quedan algunas dudas, que tengo por bien fundadas, sobre la similitud de todas estas enfermedades con la rabia.

¿No podría Vm. á lo ménos, en nuestra primera conferencia, añadir todavía dos palabras sobre este afecto?

EL MÉDICO JÓVEN.

Contraigo ese empeño con gusto.

DIALOGO DECIMO OCTAVO.

Rabia; mordedura de los animales venenosos; gusanos.

EL SABIO.

He solicitado de Vm. la teoría de la rabia; pero como temo que dé Vm. bien presto fin á este artículo, le preparo algunas otras cuestiones á fin de alargar algo nuestra conferencia, y resarcirme de la brevedad de la postrera, si las ocupaciones de Vm. le dejan lugar para responderme.

EL MÉDICO JÓVEN.

Estoy á las órdenes de Vm. , Caballero; mis aprestos de partida se hallan terminados casi, y no me quedo sino para aprovecharme de la ocasion que Vm. me presenta de propagar los principios de la verdadera medicina.

EL SABIO.

Dé Vm. pues principio hablándome sobre la rabia.